

REGLAS PARA SENTIRSE IGLESIA
Comentario a las Reglas de San Ignacio y a su significado para el
discernimiento del laico en la Iglesia Actual

Fernando Montes SJ, número 130, Cuadernos de Espiritualidad de Chile

INTRODUCCION

Hace años escribí comentando las reglas para sentir con la iglesia de San Ignacio. Desde entonces se ha operado un amplio cambio en la relación de muchos cristianos con su Iglesia y esto obliga a revisar las perspectivas.

La cultura globalizada ha introducido modificaciones particularmente significativas en los comportamientos religiosos, sobretodo en lo referente a su institucionalización. Hoy se cuestionan todas las instituciones como expresiones de épocas pretéritas. Estando todas las instituciones bajo sospecha no es extraño que la iglesia hoy despierte menos interés. Muchos buscan una religión personal, interior; una espiritualidad no encarnada en el cuerpo de una institucionalidad. No sólo el derecho canónico, los ritos, y costumbres son puestos en cuarentena, sino que la Iglesia misma está bajo sospecha o no despierta interés. Ella también produce en muchos desconfianza.

Ha aumentado el número de aquellos que confesándose creyentes y cristianos dicen haber perdido su sentido de pertenencia. Ellos han tomado distancia frente a la Iglesia y han dejado de tenerla como referencia a la hora de normar sus conductas.

Celosos de su propia libertad, las mujeres y hombres de nuestro tiempo, no aceptan que la formación de la conciencia pueda significar un menoscabo de su responsabilidad. Por eso hoy es importante entender que las reglas ignacianas para sentir con la iglesia son fundamentalmente una ayuda para el discernimiento y que ellas no arrebatan el arduo uso de la libertad. Los ejercicios de San Ignacio serían en parte inútiles si en el último documento se presentase una Iglesia que aniquila la conciencia.

En este contexto, la experiencia de San Ignacio, que vivió momentos turbulentos y difíciles, es muy iluminadora. Es muy rica para ayudarnos a cumplir nuestra misión de cristianos y ,en especial, a los laicos su propia misión laical. La vida y la obra de Ignacio de Loyola nos ayudarán a tratar estos temas y comprender la riqueza potencial de las tensiones que debemos afrontar.

Sin embargo, mientras en tiempos de Ignacio se ponían en duda las devociones, votos religiosos, y las indulgencias, hoy hay conflictos con las visiones éticas, la doctrina social o económica y sobre todo con las enseñanzas en torno a la moral sexual. La revisión histórica ha dirigido también fuertes críticas a la Iglesia por sus comportamientos frente a las ciencias.

Esta situación afecta a todos los cristianos y en particular a los laicos a quienes se les pide un compromiso maduro y fidelidad adulta a su Iglesia.

En las páginas que siguen haré en primer lugar un comentario y un análisis del último documento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, llamado comúnmente "Reglas para sentir con la Iglesia". Si alguien desea limitarse al conocimiento de esas reglas puede detener ahí la lectura. En segundo lugar, deseo, aunque sea brevemente, mostrar algunos retos que enfrenta la Iglesia actual: los cambios, dificultades y perspectivas que se han abierto. Finalmente, es mi intención señalar ciertos puntos concretos del discernimiento en esta Iglesia hoy, pero iluminados con los criterios de San Ignacio.

Fernando Montes, s.j.

Pág.	
1	INTRODUCCION
5	I.- REGLAS PARA SENTIR CON LA IGLESIA
	1.1 Reglas en su contexto
7	1.2 Explicando el título
8	1.2.1. Reglas para sentir
9	1.2.2. Reglas para sentirse iglesia
10	1.3 Comentario General sobre las Reglas
	1.3.1. La Iglesia como misterio
13	1.3.2. Creemos en Iglesia
14	1.3.3. La Iglesia Jerárquica
	1.3.4. Creer supone obedecer
15	1.3.5. Actitud positiva ante la Iglesia
17	1.3.6. Justo equilibrio Espiritual
19	1.3.7. Un llamado a la mayor perfección
	1.3.8. Cuidar el lenguaje creyente
20	II.- CAMBIOS Y RETOS EN LA IGLESIA DE HOY
	2.1 Iglesia comunión y comunidad
22	2.2 Iglesia abierta al mundo
25	2.3 Iglesia que busca con otros
26	III.PUNTOS CONCRETOS DE DISCERNIMIENTO EN LA IGLESIA DE HOY
27	3.1 Variedad en la vocación laical
28	3.2 Apertura del corazón
29	3.3 Trabajo por la unidad verdadera
30	3.4 Coherencia e integración en la vida personal
	3.5 Apertura social y sed de justicia
	3.6 Vida solidaria y comunitaria
	3.7 Respeto a la vida y a una sexualidad genuinamente humana
	3.8 Solidez de la familia
	3.9 No apagar la mecha que humea

I. REGLAS PARA SENTIR CON LA IGLESIA

1.1 Las Reglas en su contexto

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio se terminan con un documento titulado: "Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante¹ debemos tener" (EE., n° 352). Comúnmente se lo conoce hoy como: "Reglas para sentir con la Iglesia".

Los Ejercicios acaban con estos consejos para mirar a la Iglesia, para amarla y para integrarse en ella. Es el final y, en cierto sentido, la cumbre de una larga experiencia propuesta por Ignacio². Allí se encierran conceptos que siguen siendo hoy iluminadores. Este texto fue escrito o inspirado, por lo menos en sus líneas generales, cuando Ignacio era estudiante en París. Era él un laico y, como tal, debía enfrentarse a la Iglesia de su tiempo. No hay que olvidar que él había sido encarcelado como sospechoso por la inquisición.

Ignacio resumió la reacción de un cristiano ante una Iglesia en crisis. En esos años, la Iglesia ha literalmente estallado. Una parte muy significativa de ella ha roto sus lazos con el papado y ha quebrado la comunión católica. Inspiradas por la reforma protestante, hay una serie de corrientes de tipo individualista que insisten en una experiencia de libre interpretación de la Biblia. Por otra parte una radical desconfianza en la naturaleza humana caída, lleva a esos grupos a confiar sólo en la fe disminuyendo validez a los actos de piedad, al culto y a las obras. La mediación de la Iglesia aparece menos necesaria.

Es un momento muy trágico. Por su corrupción, tanto los papas, como los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos están muy lejos de cumplir su vocación cristiana. Basta observar las consecuencias que tuvo la Reforma para comprobar la profunda crisis que vivía la Iglesia. Cantidades de monasterios se

¹ Recordemos que Iglesia *militante* (hoy decimos más bien *peregrina*) se refiere a la Iglesia en la tierra, distinguida de la que está en el Purgatorio y en el Cielo.

² Ver la primera parte de este Cuaderno.

cerraron; miles de monjes salieron de sus conventos y se casaron; muchos abandonaron su fe; obispos apostataron. Los papas se mostraban negligente en el ejercicio de su misión propia y se desempeñaban como políticos, grandes mecenas ocupados en embellecer la urbe, en fomentar las artes y enriquecer a sus familias, algunos estaban ocupados en acciones guerreras para defender sus estados,

Frente a tanta corrupción, no es extraño que haya surgido una cierta desesperanza en las fuerzas del hombre. Muchos, buscando la renovación de la Iglesia, dirán que el hombre nada puede y que sólo debe abrirse a la gracia. Sólo le queda confiar en Dios. El ser humano es esencialmente corrompido y de él no puede esperarse sino pecado.

Además carentes de sabia espiritual muchos cristianos limitaban su cristianismo a las prácticas rituales casi mágicas, y a conseguir indulgencia contra dinero.

Es natural que en esas circunstancias haya habido un ataque generalizado a tales prácticas de piedad: ellas aparecían como pura obra humana... los mismos sacramentos no podían escapar a esta degradación universal.

Con su sentido del discernimiento, San Ignacio va a reaccionar contra ciertos excesos de esta tendencia renovadora reconociendo los fermentos evangélicos que hay en ella. Insistirá en que, como hombres, conservamos la libertad, tenemos una misión y, por gracia, podemos colaborar activamente con el Señor.

Más aún: en esta situación, Ignacio va a intuir el misterio de la Iglesia y la necesidad de mediación eclesial para el pleno cumplimiento de la propia misión. En lugar de escandalizarse de la Iglesia por el pecado que hay en ella aprenderá a amarla más constituyendo un grupo de hombres particularmente ligados a ella.

Este es el contexto en el cual San Ignacio escribe sus famosas reglas para sentir con la Iglesia. Sin embargo, pienso que estas reglas no son sólo la reacción contra un mundo adverso y contra la corrupción, sino que son el fruto de una experiencia espiritual profunda y consecuencia de una antropología que reconociendo la importancia de la gracia, defiende la libertad (libre albedrío) y

el carácter social del ser humano que necesita mediaciones en el ejercicio de esa libertad.

San Ignacio vivió un profundo cambio interior haciendo los ejercicios y fue transcribiendo esa experiencia en el texto que conocemos. Ahí sintió el llamado de Jesús, a quien quiere servir. A pesar de su propia debilidad experimentó un llamado a colaborar con Cristo en su misión percibiendo que Dios ha hecho suya esa debilidad como parte de la encarnación. Ignacio ha descubierto, con mirada certera, que entre Jesús y la Iglesia hay un mismo espíritu. Es la experiencia de Pablo que persiguiendo a los cristianos oyó que Jesús le decía que en verdad lo perseguía a El. Por eso, al final de esta experiencia larga de encuentro con Dios, de encuentro con Jesucristo, de amor tierno y personal a Jesús, San Ignacio se siente, a la vez, con la necesidad de explicitar el amor personal y tierno a la Iglesia. Es en su seno donde ha podido justamente encontrar a Jesús. Que los Ejercicios terminen con las reglas para sentir con la Iglesia es muy significativo

El amor a Jesucristo, la imitación, el seguimiento se continúa, se hace misión, se concreta y se prolonga para San Ignacio en el amor a la Iglesia. Esto vale hoy. Es hoy muy importante hablar de la Iglesia en continuidad con el amor a Jesús. Sin hablar del amor personal a Jesucristo, el amor a la Iglesia podría hacer de nosotros hombres fanáticos o sectarios. Las reglas para sentir con la Iglesia, por el contrario, nada tienen de sectarias, son la continuación de un amor personal y de un proceso de conversión.

Voy a referirme a estas reglas explicando, en primer lugar, el título. Enseguida, resumiré las principales ideas comprendidas en ellas.

1.2 Explicando el título

Como dijimos, el documento ignaciano es conocido hoy como "Reglas para sentir con la Iglesia".

1.2.1 Reglas para sentir:

Ignacio de Loyola, luego de su larga convalecencia en Loyola y de un arduo peregrinar se da cuenta de algo que es vitalmente humano e importante: para conocer no basta la cabeza. Los psicólogos y los sociólogos han descubierto y analizado algo que San Ignacio intuyó: para conocer hay que sentir. Hay un tipo de conocimiento afectivo que es mucho más profundo y que no se opone al conocimiento intelectual y racional. Se nos habla hoy del conocimiento emocional. Los psicólogos nos explican que nuestra trayectoria personal, los traumas que hemos tenido y nuestras experiencias felices, condicionan profundamente nuestra percepción. Los sociólogos, por su parte, saben perfectamente que los intereses, la educación, el grupo social al cual uno pertenece, ayudan para que uno pueda ver o no ver las cosas.

Un hombre enamorado estará inclinado a ver las cualidades, la belleza de la mujer que ama. El creador y responsable de una obra estará proclive a ver las virtualidades de esta obra. Una madre apreciará las bondades de su hijo. Los intereses y el afecto nos hacen ver con claridad meridiana algunas cosas o nos cierran los ojos para mirar la realidad.

El corazón aguza nuestros ojos. Esto puede actuar para bien y para mal. Actúa para bien, porque posibilita que uno descubra dimensiones que la mera consideración racional no permite percibir. Me atrevería a decir que las grandes realidades del hombre suponen este conocimiento afectivo para ser percibidas en hondura. Pero también existe un peligro: es el problema de las ideologías. Se puede tener anteojeras. Se puede evitar mirar de frente, porque se tiene el corazón mal formado o existen temores.

En esto, San Ignacio ha sido genial. El procura en los ejercicios ordenar nuestro corazón, nuestros afectos, para que podamos enfrentar la verdad con libertad interior y perspicacia. Creo que esta preocupación por la afectividad, por formar el corazón del hombre, es indispensable si se quiere crear una sana relación del creyente con la Iglesia. San Ignacio quiere que frente a la Iglesia templemos nuestra afectividad y seamos capaces de quererla, amarla. Por eso

hablara del "sentire cum ecclesia". Eso supone toda una pedagogía del amor, del amor a Jesucristo, de lazos personales, de mirada de fe.

San Ignacio enfoca a la Iglesia suponiendo que es necesaria una mirada por dentro, filial, muy cariñosa. En los Ejercicios, el "sentir" está ligado al "gustar".

El mismo título de las reglas que comentamos, que son reglas para sentir, nos invita a amar a la Iglesia, a trabajar dentro de ella y desde dentro.

Este sentir, sin embargo, no es miope ante los defectos. Cuando ellos existen, es necesario dolerse, porque uno se duele cuando lo más querido no anda bien y procura responsablemente contribuir a la apropiada corrección.

1.2.2 Reglas para SENTIRSE Iglesia:

Segunda cosa que quisiera señalar, a propósito del título: hubo un cambio en la traducción que empobreció las reglas. Ellas fueron escritas en castellano y traducidas al latín. La traducción latina, sin embargo, prevaleció en la teología espiritual. Comúnmente se habla de ellas como Reglas para sentir con la Iglesia.

San Ignacio en el original no las llamó así. El verdadero título dice: Reglas para sentir *en* la Iglesia.; mas precisamente "Reglas para el sentido verdadero que en la iglesia militante debemos tener."

Existe un matiz de gran importancia en este *en*, en lugar de *con*. Si se siente con la Iglesia, se marca una cierta alteridad. Yo me coloco frente a ella y juzgo y veo si estoy de acuerdo o no. La visión de S. Ignacio es más delicada y más profunda; a la Iglesia, no la miramos desde fuera. A ella se la mira por dentro y desde dentro o no se la entiende. A la Iglesia debemos descubrirla como algo que nos pertenece y a la cual pertenecemos. Somos la Iglesia; estamos en la Iglesia. Integrados a ella, debemos sentirnos la Iglesia. Mis defectos son los defectos de la Iglesia, mis cualidades son sus cualidades. Las fallas de la Iglesia, las faltas de nuestros pastores, los errores de las comunidades son, en cierto modo, míos. Hay aquí una visión eclesial muy importante: comprender la Iglesia y sentirla significa no sólo amarla sino suprimir toda alteridad. Así como Jesús es cabeza de su Iglesia, así no somos dos, la Iglesia y yo. Debe haber un esfuerzo de compenetración y es necesario vivir por dentro la realidad. Esto es importante a la hora del discernimiento del laicado.

1.3 Comentario general sobre las Reglas para sentir con la Iglesia: Esposa, Madre guiada por el Espíritu

San Ignacio escribió dieciocho pequeñas reglas o consejos que no resultan fáciles de entender. Por una parte, estos consejos pueden parecer extremos, como por ejemplo aquella invitación a creer que es blanca una cosa que yo veo negra, si la Iglesia me dice que es blanca. Por otra parte, este texto está muy marcado por las costumbres y por conflictos de su época.

Sin entrar en el detalle de cada regla, quiero señalar su espíritu en siete consideraciones generales que pueden tener significación hoy.

1.3.1 La Iglesia como Misterio

Primera consideración: el autor señala una actitud de fondo: respeto ante el misterio.

La Iglesia no es primariamente una institución jurídica, tampoco es un grupo. Es, ante todo, un misterio. Como misterio, la actitud ante ella debe ser fundamentalmente de fe. Si la amamos, no es porque sea razonable ni porque sea eficaz, ni porque sirva para nuestros intereses; sino porque, en el fondo, es un misterio querido por el Señor. Para entender este misterio, yo creo que hay tres características iluminadoras, puestas por San Ignacio a lo largo de estas reglas.

La regla primera dice así: "Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la verdadera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la Santa Madre Iglesia Jerárquica" (EE., nº 353).

Al menos dos veces en las reglas se habla de la Iglesia como la "esposa de Cristo nuestro Señor" (Regla 1 y regla 12). Esta imagen se sitúa en la línea profética de Oseas y Jeremías y tiene ecos paulinos (cf. Efesios) y joánicos (cf. visión nupcial de los textos de la resurrección). Ella invita no sólo a pensar en el amor de Cristo por su esposa sino también en la unión que él tiene con ella. El

hombre y la mujer se hacen "una sola carne" en el matrimonio; así también
Cristo y su Iglesia.

San Ignacio, que en sus escritos espirituales y ascéticos no usa la metáfora nupcial como otros místicos, no duda en privilegiar la imagen de la esposa para referirse a la Iglesia, porque ella es el gran amor de Jesucristo. Por ella, el Señor ha dado su vida y al destino de ella ha quedado definitivamente ligado..

La idea de esposa está también ligada a la fecundidad, y ésta es la segunda característica que queremos recalcar. La Iglesia no sólo es la esposa de Jesucristo, sino que es mi madre, es el lugar donde nosotros hemos sido engendrados a la fe. Hemos recibido la fe en la Iglesia y de la Iglesia.

No hay que olvidar que el anuncio de Jesucristo ha sido y es recibido gracias a la Iglesia. El Evangelio mismo fue escrito por la Iglesia. La primera comunidad, acechada por múltiples problemas, hizo memoria, interpretó y adaptó las palabras de Jesús que en ella se habían conservado. La palabra de Jesús se hizo vida y comunidad; y fue guardada como un tesoro. Toda la tradición de la Iglesia ha hecho posible que hoy creamos; por eso, la Iglesia es, para San Ignacio, la Santa Madre Iglesia. Nos ha alimentado, nos ha hecho crecer, nos ha conservado en la fe. Está demás decir que a la connotación de fecundidad en la palabra "madre" se añade una obvia nota afectiva, que marca un tipo de relación. La madre no sólo es fuente de fecundidad; es también fuente de amor.

La tercera característica o motivo profundo por el cual la Iglesia no es sólo una institución o una comunidad o un grupo de hombres, lo expresa Ignacio en la regla 12: "Creyendo que entre Cristo nuestro Señor, como esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna"... (EE., nº 365). El Espíritu de Jesús es el mismo Espíritu de la Iglesia. El la anima, la hace vivir, la hace renovarse, hace que tenga vitalidad. El Espíritu de Jesús permite que haya continuidad real entre Jesús y la Iglesia o, dicho de otro modo, que la Iglesia sea el cuerpo de Jesús.

Esta visión creyente ante la Iglesia se enfrenta a otras visiones que aunque legítimas, si se hace exclusivas terminan devaluando el verdadero misterio.

Es frecuente hoy hacer frente a la Iglesia un reflexión de corte sociológico.

Esa es una perspectiva parcial que no sólo es posible sino muchas veces necesaria.. Se trata de una adaptación actual, más secularizada, de aquellas corrientes teológicas que entendían a la Iglesia como "sociedad perfecta". Ella aparece ante todo como una organización. Esta organización está dotada de influencia social y a su vez es influida. Ella posee una fuerza susceptible de apoyar o frenar los cambios de la sociedad etc...

Otros, en el ámbito de la teología, contraponen Iglesia y Reino insistiendo en la importancia del Reino que no puede identificarse con la Iglesia y que es el verdadero objeto de la predicación de Jesús. En esto tienen razón, sólo que no profundizan el lazo misterioso y sacramental entre la Iglesia y ese reino de Dios. Si en una época se identificó indebidamente la visibilidad de la iglesia con el Reino de Dios, hoy podemos degradar su relación con el Reino. Ella es un germen, un sacramento.

La Iglesia, en el plan de Dios, no es una alternativa del fracaso. Jesús formó hombres y se hizo ayudar por ellos para hacer posible el anuncio de la Palabra y la vecindad del Reino. Visto con los ojos de los hombres, es evidente que Jesús, al morir, fracasó. Los discípulos no entendieron nada. Vinieron a comprender el misterio gracias a la acción del Espíritu Santo que les fue derramado en la Iglesia. En esas circunstancias, comprendieron la mente de Jesús y tomaron el relevo. La visión de San Pablo es muy rica para entender verdaderamente la construcción del Reino y el papel que en él tiene la Iglesia. Ella está ligada al misterioso plan de Dios de hacernos colaboradores suyos hasta la segunda venida de su Hijo. No puede desvalorizarse la Iglesia en función del Reino. La visión de la Iglesia como semilla profética está profundamente entroncada en la visión bíblica del "pueblo mesiánico de Dios". La Iglesia adquiere así una inmensa importancia. Ella no es sólo el resultado de un fracaso sino algo fundamental para los planes de Dios. Dios la soñó, la quiso y la ama como el verdadero instrumento de salvación. No hay distancia entre el Jesús histórico y la Iglesia, vistos desde los ojos de Dios. La Iglesia es la que escuchó la palabra de Dios y la transmitió a nosotros³.

³ Lo anterior en modo alguno significa un triunfalismo. Esta Iglesia reconoce que ldebe convertirse siempre a su Señor, corregir sus defectos.

Nos ha parecido importante recordar esta primera idea a propósito de las reglas: ellas suponen una visión profunda de la Iglesia como un misterio. Ella es más que una institución sociológica y más que un grupo de presión, y más que un grupo que se organiza y que cumple diversos ministerios. Es el lugar predilecto de la efusión del Espíritu Santo para el servicio de la humanidad. Ella no es un fin. Es un medio pero esencialmente ligado al Reino.

No es sorprendente que Ignacio, un hombre tan mesurado, haya querido extremar de un modo paradójico su amor y respeto al decirnos: "Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina...". (EE., nº365)⁴.

1.3.2 Creemos en Iglesia

La segunda consideración importante que se desprende del texto de las reglas para sentir con la Iglesia, es que la fe cristiana es esencialmente eclesial.

Los Ejercicios en todo su desarrollo me han puesto a mí como persona delante de Dios, ordenando mi vida según su voluntad; y me han invitado a convertirme y a progresar en el amor, imitación y servicio de Jesús. Al final de los Ejercicios, sin embargo, san Ignacio me recuerda que la fe no puede vivirse a solas. La fe se vive en la Iglesia o no es cristiana. Es ésta la segunda consideración que puede desprenderse de todas las reglas: la fe no es individualista; la fe es personal, pero es esencialmente eclesial. Se recibe en la Iglesia, se transmite y vive en la Iglesia y no puede vivirse aisladamente. Esta constatación, de máxima importancia en los tiempos después de la Reforma, conserva hoy toda su validez y debe ser acentuada .

⁴ Observemos que S. Ignacio dice: lo que yo *veo* negro y no lo que *es* negro. Por lo tanto se trata de poner en duda mis percepciones y no la realidad.

Algunos acusaron a Ignacio de individualismo porque los ejercicios tienen un marcado acento personal. Estas reglas, sin embargo, nos sitúan en el contexto amplio en el cual se desarrolla esa experiencia personal.

1.3.3 La Iglesia jerárquica

En las reglas de San Ignacio se insiste en que la Iglesia, donde debemos vivir nuestra fe, es jerárquica. Es ella una comunidad jerarquizada como fue la comunidad apostólica en la cual el mismo Jesús dio el ejemplo de autoridad evangélica.

En su unidad interna, esta comunidad reconoce diversos carismas y funciones, acepta la presencia de una cabeza que presta un servicio en el gobierno, la santificación, la enseñanza y el discernimiento. Lo que no significa que la jerarquía es la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo diferenciado y jerarquizado.

En lo más profundo, esta tercera consideración subraya radicalmente la economía sacramental de la salvación bíblica, es decir, que la gracia del Señor se hace tangible en signos y hombres concretos. Se encarna y manifiesta. Corre el riesgo de la ambigüedad al asumir rostros visibles e históricos.

San Ignacio es muy fiel al plan de Dios, que asumió mediaciones humanas para canalizar su amor. Aceptar la Iglesia jerárquica es comprender el plan encarnatorio de Dios. Supone, sin embargo, simultáneamente la aceptación de la debilidad, pues donde hay hombres hay debilidad y pecado. Hay necesidad de conversión.

Supuestas las tres características antes señaladas: que la Iglesia es un misterio, que ella es jerárquica, y que la fe necesariamente es eclesial, san Ignacio nos recuerda una serie de actitudes que señalaremos en las líneas que siguen.

1.3.4 Creer supone obedecer

San Ignacio nos dice que hemos de tener "un corazón aparejado (=preparado) para obedecer en todo a la santa Madre Iglesia jerárquica". Es indispensable entender esta afirmación ignacianamente.

San Ignacio, al fundar la Compañía, quiso que ella fuese un cuerpo móvil, ágil, con iniciativas. Insistió mucho en la obediencia, pero ejercida con profunda madurez y libertad. Consideró que la obediencia de mera ejecución no era obediencia. Era necesario asumir íntimamente, creativamente lo mandado. Se trata, por lo tanto de una posición activa y no de mero acatamiento. Para eso, era importante que cada jesuita fuera bien formado, con personalidad e iniciativa, que pudiera tener una opinión y darla. El debía tener la capacidad de ayudar con todas sus luces a su superior para que éste pudiese mandar bien. Por eso el súbdito está obligado a "representar" sinceramente su punto de vista.

Cuando san Ignacio nos dice que debemos obedecer a la santa Madre Iglesia, se trata de obedecer con creatividad, con ese deseo que nace de hacer lo mejor posible, porque la Iglesia es del Señor y es mía. Somos responsables de la Iglesia y no meros soldados que obedecen a una orden militar. La obediencia supone, entonces, creatividad, iniciativa, responsabilidad y, a la vez, humildad profunda para dejar siempre lealmente y por fe a la Iglesia jerárquica la última palabra.

En Ignacio la obediencia está ligada al concepto de misión y a la concepción de un cuerpo ordenado y coherente con la misión. Es interesante recordar que el famoso voto de obediencia al papa que hacen los jesuitas es específicamente para recibir misiones

Así se entiende que "debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de Cristo nuestro Señor que es la santa Madre Iglesia jerárquica" (EE., n°.353).

1.3.5 Actitud positiva ante la Iglesia

San Ignacio repite al menos diez veces, al comenzar casi todas las reglas, que es necesario *alabar*. Tenemos que alabar confesiones, alabar el voto de

virginidad, etc. Ante las cosas que estaban cuestionadas en su tiempo o puestas de lado, san Ignacio quiso que el cristiano tuviera una actitud constructiva y positiva.

Es importante hoy ir al fondo de esta actitud y procurar vivirla en las circunstancias actuales. Se trata de ver cuáles son los problemas hoy y qué es lo que me pide la Iglesia ante ellos.

Junto con la actitud de obediencia, hay que tener, pues, necesariamente una actitud constructiva y positiva, y ésta debe manifestarse. El cristiano debe sentir por dentro la necesidad de edificar, de construir su Iglesia.

Hoy se valora muy positivamente el espíritu crítico. Es éste un fruto de la Ilustración y denota en muchos aspectos un progreso de la humanidad. Pero el espíritu crítico no significa, en el contexto ignaciano, encontrar todo malo y subrayar los defectos y dificultades. El verdadero espíritu crítico es sinónimo de lucidez racional y amor a la verdad. No está reñido con una actitud marcadamente positiva y con un deseo de construir la Iglesia. No hay que olvidar que en la Biblia, acusar es la actitud típica de ¡Satán!

Si por las circunstancias, por obligación con la verdad, yo debo hacer una crítica, debo discernir ante quien la haga. Debo ver si realmente voy a construir, o voy a debilitar una fe tambaleante. San Ignacio nos pide que seamos atentos y cuidadosos para ver si, con nuestras críticas, aunque sean justificadas, no vamos a engendrar "más murmuraciones y escándalo que provecho" (EE., nº 362).

Hemos de tener, sin embargo, el valor de decir la verdad a quien sea responsable. "Puede ser provechoso hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas". (EE., nº 362).

En esto, san Ignacio es claro. Los defectos deben reconocerse y hemos de tener el valor de denunciarlos. ¿Pero ante quién? Ante aquel que los puede remediar. Es ésta una manera de ayudar para que se construya la Iglesia⁵. Una crítica indiscriminada o hecha de un modo inconveniente, aunque sea justa, hace mal aun al mismo que critica. Todos necesitamos alimentar nuestra fe y si solamente acentuamos las dificultades o problemas, con facilidad nos destruimos y tambaleamos en nuestra fidelidad. Ser positivos no significa ser ingenuos y mucho menos una incondicionalidad deshonestas. No se trata de ocultar: se trata de construir.

1.3.6 Justo equilibrio espiritual

San Ignacio nos pide en estas reglas, repetidas veces, buscar siempre un sano equilibrio entre los diversos componentes de la vida.

Muy fácilmente uno puede ser víctima de la moda y acentuar una sola verdad en desmedro de todas las demás. Tal vez en esa unilateralidad radica la raíz de la herejía que acentuando una verdad se olvida del resto que debe asumirse en tensión. San Ignacio en estas reglas insiste en que nos guiemos por el Espíritu Santo, que es espíritu que construye y unifica a los que están dispersos. Esto supone un cierto equilibrio que armonice disparidades y que encare maduramente las tensiones.

Es necesario, por ejemplo, equilibrar la fe y la razón. Nos dice san Ignacio que hay que alabar a los autores "que pueden mover los afectos para en todo amar y servir a Dios nuestro Señor" (Regla once, EE., nº 363). Al mismo tiempo, nos dice que es necesario alabar a los autores escolásticos que, en su tiempo eran más "modernos", que ayudan a definir mejor y que permiten defender la fe. Tal vez, en esta tensión entre el afecto y la razón, se manifiestan ecos de la antigua disputa entre el agustinismo y el tomismo. En todo caso, Ignacio cree

⁵ Estas ideas pueden contribuir a un buen funcionamiento de los mecanismos de fiscalización tan importantes en una cultura democrática. Esto supone formar una sólida e informada opinión pública. Naturalmente, esta opinión pública se desarrolla y ejerce diferentemente al interior de la sociedad civil, de la Iglesia, de una asociación voluntaria o en la familia.

que debemos aprovechar lo bueno del autor piadoso y lo bueno de aquel que es más racional. El autor más piadoso nos ayuda a crecer en amor al Señor, pero también el que es más racional nos ayuda a solidificar la fe.

Las reglas para sentir con la Iglesia nos invitan también a equilibrar bien fe y obras. A mediados del siglo XVI, había una tendencia, marcada por influencias protestantes, que privilegiaba la fe con desmedro de las obras. Se decía que lo importante era la fe, abrirse a Dios, confiar en El porque sólo eso bastaba (*sola fides*). La libertad humana parecía intrínsecamente dañada e incapaz de algo bueno. San Ignacio encaró con mucho equilibrio esta tensión. Nos dice que debemos insistir en que la fe es un don, pero este modo de hablar no debe debilitar la libertad humana, frenando la generosidad en el servicio y la entrega.

Este equilibrio tiene hoy mucha vigencia. La Iglesia ha descubierto, en parte por la misma influencia de Ignacio, el valor de la praxis y de la acción. Tenemos el peligro, sin embargo, de olvidar la dimensión gratuita. Es necesario también, junto con la acción, querer al Señor y presentarnos a El en el silencio y la adoración. La Iglesia, si no une las dos dimensiones, se destruye. Si no adoramos y alabamos, destruimos el Evangelio, y si nos quedamos mirando al cielo sin trabajar por la justicia, por nuestros hermanos, traicionamos también el Evangelio.

Este férreo equilibrio presentado por Ignacio nos ubica cristianamente entre el ideal y la realidad. En las reglas nos invita a ser cautos en idealizar personas o situaciones en desmedro de otras. No eran mejores los tiempos pasados. Hemos de evitar hacer comparaciones (EE., n° 364). Antes también había defectos y había cualidades. Hoy hay pecado y mucha santidad. En la historia de la Iglesia han convivido siempre el ideal y la limitación humana. En ella abunda el pecado y sobreabunda la gracia⁶. Cuando percibimos el pecado, debemos abrir inmediatamente el otro ojo para descubrir la gracia. Cuando experimentemos la gracia, debemos saber que también está el pecado para tenerlo en cuenta. Hemos de ser capaces de asumir la realidad en toda su complejidad y vivir en el

⁶ Ver Rom. 5, 20 y su contexto inmediato.

tiempo y la historia que nos ha tocado vivir. Las comparaciones son equívocas y engañosas.

Esta visión nos invita a no simplificar, a no ser maniqueos, en momentos de tensión: creer que de un lado están los profetas y los puros, y de otro los pecadores. La espiritualidad ignaciana, al insistir en este equilibrio, nos pone en guardia contra las modas; contra aquellas opiniones que, aunque mayoritarias, pueden ser desequilibradas o sesgadas. La visión unitaria del Evangelio, no por ser unitaria y equilibrada, es menos radical.

Es importante recordar que este equilibrio nos permite mantenernos abiertos ante los nuevos movimientos y ante las nuevas ideas permitiéndonos discernir para ver la parte de verdad que hay en ellos.

1.3.7 Un llamado a la mayor perfección

Las reglas para sentir con la Iglesia son también una traducción eclesial del famoso *magis* (=más) ignaciano. Se nos invita, una y otra vez, a la *mayor* perfección y a ayudar siempre a las personas que puedan dar o darse *más* para que den o se den *más*. La Iglesia debe ser generosa en el servicio de Dios; no puede quedarse en poco. Cuando hay alguien que quiere ser generoso, debemos ayudarlo y apoyarlo.

Debe ser una regla suprema de caridad ayudar a una persona a crecer y a progresar; por eso, Ignacio nos invita a "alabar perfecciones de supererogación" (EE., n° 257, regla 5).

1.3.8 El lenguaje de un creyente

San Ignacio es muy sensible a la importancia que, en la construcción y unidad de la Iglesia, tiene el lenguaje. Hay que tener cuidado de originar murmuraciones y escándalos (n° 362), y hemos de ser cuidadosos también en el modo de hablar (regla 14, n. 366). Este cuidado debe tenerse aun en aquellas cosas que siendo buenas pueden ser mal entendidas. Debemos saber que, si hablamos mucho de

una verdad, aunque sea santa, sin suficiente equilibrio, podemos inducir a error
(reglas 16 y 14; cf. EE., nº 38 y 39).

Finalmente, hemos de atrevernos a hablar de aquellas cosas olvidadas o
aparentemente menos buenas que, sin embargo, favorecen un sano
discernimiento (cf. regla 18, nº 370).

De todas estas reglas debemos buscar la actual interpretación. Podrán variar
sus puntos de aplicación, pero ellas tienen una enorme vigencia en la vida, en los
conflictos y en el progreso de la Iglesia actual.
Hemos indicado en pinceladas fundamentales el contenido de las Reglas para
sentir con la Iglesia, y diríamos, como resumen: esta Iglesia es la esposa de
Jesús, su continuidad, aunque ella no es Jesús; ella tiene defectos, pero está
animada por el mismo Espíritu que anima al Señor. Y de ahí se sigue que ella,
como unidad jerarquizada, sea un misterio que debe ser mirado con ojos de fe,
que debe generar una serie de actitudes: respeto, equilibrio y búsqueda,
conforme a las mociones del Espíritu.

Esto era lo primero que deseaba comentar a propósito de las dieciocho reglas
que san Ignacio pone al final de los Ejercicios Espirituales "para el sentido
verdadero que en la Iglesia militante debemos tener".

CAMBIOS Y RETOS EN LA IGLESIA ACTUAL

Echaremos ahora una mirada a la Iglesia actual, a los procesos que vive, a sus
tensiones y proyectos. Lo hacemos en rasgos muy generales, que nos permitan
ilustrar nuestro discernimiento. Más adelante tendremos ocasión de señalar
algunas indicaciones para el discernimiento de un laico comprometido de hoy,
teniendo en cuenta precisamente los cambios que vive la Iglesia y las reglas
ignacianas para sentir con la Iglesia.

La Iglesia ha cambiado muy profundamente en los años posteriores al Concilio.
Su transformación significa mutaciones de actitudes bien profundas. No es
extraño que ellas generen no pocas dificultades, tensiones y contracorrientes.

2.1 Iglesia Comunión y Comunidad

Primero, es un hecho que la Iglesia ha insistido mucho en que ella es comunión y comunidad. Para definirse a sí misma, la Iglesia no parte definiendo roles, sino que afirma que ella es un pueblo, donde todos son llamados a la santidad y participan de una vocación y formación común.

La más profunda promoción del laicado se sitúa en el marco de una vocación común a la más excelsa santidad. A menudo, cuando se habla de la promoción del laicado se insiste en que él tiene responsabilidades en el trabajo, que el laicado debe asumir sus funciones y sus tareas, pero se menciona poco que una de las grandes innovaciones del Concilio es insistir que la santidad no es patrimonio de nadie en la Iglesia y que es obligación de todos; y que el laicado está llamado a un seguimiento de Cristo y a una radicalidad en la santidad, igual que una religiosa de clausura o que cualquier religioso o sacerdote. El laico es Iglesia en el más pleno sentido de la palabra.

El Concilio Vaticano II dedica a este tema muchas páginas⁷.

Esta comunión que tiene su raíz más profunda en la vocación común a la santidad, se expresa también y necesariamente en mayor participación y mayores responsabilidades. Por eso, se han redefinido muchos roles que antes eran exclusividad sacerdotal y se ha exigido la búsqueda de mejores canales de expresión.

La distancia entre jerarquía y base, entre sacerdote y laico, entre sacerdote y obispo, se ha acortado. Se ha mejorado, así, la calidad y expresividad de la vida comunitaria de la Iglesia. En ella poco a poco se van redescubriendo valores que eran primordiales en el origen. Nacen comunidades en la base, más cerca de la vida, se confronta la existencia ordinaria con la palabra de Dios y con el ejemplo de Jesús. El dolor y la alegría de cada día, las tensiones concretas y

⁷ Sobre la vocación de todos a la santidad, sólo en *Lumen Gentium*, la Constitución sobre la Iglesia, los NN. 11 al final, 32, 40, 41; en *Apostolicam actuositatem*, Decreto sobre los laicos, N. 4, etc.

esperanzas son puestas en el altar en una celebración que es, a la vez, memorial de Cristo y celebración del presente.

Ha nacido para la Iglesia un sinnúmero de perspectivas interesantes y promisorias, pero también aparecen problemas, por lo cual muchas promesas están todavía por cumplir.

Hemos estado redefiniendo los roles que antes eran muy claros. Sabemos que todos somos comunidad y esto nos permite a todos hablar, dar nuestras opiniones. Es fácil en este contexto que aparezcan más visiblemente las divergencias y las reacciones defensivas. El pueblo ha dejado de ser pasivo y se ha incorporado en comunidades o grupos. Esas comunidades, al ser más pequeñas, al ser más encarnadas en la realidad, tienen el peligro de perder la catolicidad. Ellas pueden cerrarse en sí mismas, cerrarse en el ámbito de una clase social, de un barrio o de una generación. Pero obsesionarse con ese peligro las puede matar.

En estas comunidades se ha mejorado la comunicación, se han acortado las distancias, pero existe el peligro de desconocer el rol de la cabeza. Cada comunidad inconscientemente puede considerarse autosuficiente y, a lo más, coordinarse con otras. La participación y responsabilidad tan necesarias pueden hacer perder el sentido de misterio, de don gratuito que tiene la Iglesia. Al revés, un nuevo autoritarismo clerical puede arruinar los avances positivos y desalentar la participación.

La liturgia misma, más rica en participación, más cercana a la vida, puede debilitar su momento de silencio y adoración.

Se ha dado un paso trascendental e irreversible en la línea comunitaria. Tenemos en el renacer comunitario una veta muy rica de la Iglesia actual. Veta rica, a veces conflictiva, pero progresivamente más armónica.

2.2 Iglesia abierta al mundo

Otro cambio significativo de la Iglesia conciliar es su apertura al mundo. Una de las grandes características del Concilio fue decirle a la Iglesia: tú no eres el fin de ti misma. La Iglesia está para servir. En la actividad pastoral no se trata, en primer lugar, de hacer crecer la Iglesia y consolidarla, sino de servir. Hoy día la gran pregunta es si la Iglesia sirve, no si la Iglesia crece. Ella debe cuestionarse si realmente es fermento de la masa, si es un signo esperanzador, como reza una de las plegarias eucarísticas nuevas. En el Concilio se insistió en que la Iglesia es un instrumento, que está al servicio de la humanidad. Ella tiene que abrir los ojos para servir. Es un instrumento en las manos de Dios, está para servir a toda la humanidad. El fin es el Reino, que se va a construir con toda la humanidad y no sólo con el grupo más pequeño de la Iglesia. Este vuelco hace salir a la Iglesia de sí misma y le confiere una potencialidad magnífica y nuevos cauces para la evangelización y el diálogo⁸.

En su deseo de servir, la Iglesia ha desplegado las antenas para ver cuáles son las necesidades de los hombres. Ella no ha quedado vuelta exclusivamente hacia el pasado, o encerrada esperando el día en que va a venir el Señor; sino que hoy busca las necesidades de los hombres, sobre todo de los pobres, de los más necesitados y los quiere servir ahora. Esto le ha traído grandes problemas, porque una Iglesia así es incómoda. La Iglesia, limitada a la sacristía, es muy agradable y puede ser utilizada por todos los grupos.

La Iglesia que se abre tiene que enfrentar un reto duro para servir. Aparecen fácilmente, sin duda, las divisiones internas, porque lo que unos ven como necesidad urgente, otros desean que no se toque porque hiere sus intereses. De este modo la Iglesia actual que se abre al mundo, responde a los nuevos retos,

⁸ Es cierto que en años recientes, ha podido dar la impresión de replegarse en sus propios asuntos. En Chile, con la vuelta a la democracia, otras voces se han levantado que han disminuído la resonancia de la suya. En algunos países, se ejerce contra ella una crítica despiadada. Existe en ella el peligro de una involución, pero también existe mucha desinformación acerca de lo que realmente pasa en la Iglesia. ¿Quién habla de los siete mil grupos, laicales en más del 90%, que iniciaron la preparación del último sínodo de Santiago? ¿Quién registra la información relativa a los progresos del ecumenismo, pese a las dificultades, y del diálogo interreligioso?

corre el riesgo de dividirse, corre el riesgo de que la acusen de meterse donde no le corresponde. Por ejemplo, apela a la globalización de la solidaridad y critica la dictadura del mercado, defiende el amor humano y la sexualidad de sucumbir bajo la presión de lo irracional y la facilidad. Pero ésa es la única manera para que la Iglesia sea realmente la Iglesia de Jesucristo, que coopera en la salvación de los hombres.

La necesidad de servir, de ser fermento entre los hombres, trae aparejado también el peligro de activismo o el peligro de pérdida de identidad y de secularismo. Si la Iglesia en su deseo de apertura se "camufla" en el mundo y no se atreve a decir su palabra, que es la palabra de Dios, se convierte en la sal que ha perdido su sabor. Y aquí no pensemos sólo en la voz de la jerarquía, cuyos mensajes demasiado reiterados pierden fuerza, sino en el testimonio cotidiano de las bases, en especial del laicado: si éste no lucha cada día en favor de la humanidad donde hay tanto riesgo de deshumanización, en la familia, la medicina, el trabajo, la economía, deja de aportar al mundo el fermento de su fe.

Tocamos un tema complejo. El hombre constituye una unidad. El hombre y la mujer que Dios ha creado y que Dios ama necesita comer, vestirse y tener un techo. Necesita educarse, trabajar, etc. Ninguna de esas cosas, que a veces con desprecio son llamadas contingentes, son indiferentes para Dios... La Iglesia no puede desentenderse de ellas. Es difícil, sin embargo, abordar estas realidades desde el ángulo específico de la Iglesia. Con todo, se ha dado un paso irreversible para hacer relevante la fe en medio de las realidades y conflictos de la vida humana.

Sin embargo el llamado del Concilio que impulsa a la Iglesia a captar lo vivo de la existencia humana, puede llevarla también a un exceso de "adaptación" a los criterios del mundo. Ella necesita reformular su moral, debe hacer significativas las exigencias del Evangelio para el hombre de hoy; pero en su deseo de cercanía no puede silenciar la locura de la cruz y el escándalo del cristianismo.

La Iglesia debe ser fiel a su propia doctrina y más aún a su Maestro. La necesidad de servir, de abrirse, de mirar fuera de ella misma, debe ir unida a

una gran fidelidad a la propia identidad y misión. Los problemas son complejos y difíciles las soluciones frente a la vida política y económica, frente a la moral sexual, frente a la técnica, al respeto a la vida, etc. El mundo ha cambiado y la Iglesia no puede mantenerse al margen.

En este contexto de misión, de comunidad servidora, la Iglesia en América Latina ha debido asumir opciones especiales. Medellín, Puebla y Santo Domingo han hecho una lectura latinoamericana del Vaticano II. La opción por los pobres y el deseo de propagar la justicia son algo inevitable y fundamental para nuestra Iglesia. Esta opción debe ser asumida valerosamente, pero como toda opción, ella tiene sus riesgos que deben ser asumidos maduramente y con discernimiento. Nos amenazó un tiempo el peligro de politización; ahora podríamos preguntarnos si no corremos el peligro de una nueva evasión espiritualista o idealista. La dimensión política es necesaria en la vida social; ella debe ser asumida maduramente y con coraje, por la fe y por la verdadera caridad. La Iglesia postconciliar la ha redescubierto y ha visto en la acción política un campo muy propio del laicado. Se trata de asumir realmente esta dimensión y empaparla de evangelio, situándola equilibradamente en el conjunto de la vida humana.

Como decíamos, es un rol que debe ser asumido preferentemente por el laicado.

Este, como parte de la Iglesia, es quien predominantemente tiene que responder a la misión de servicio al hombre concreto para la construcción de una sociedad más justa y para preparar el reino del Señor. Ahora bien, el clima individualista de nuestra postmodernidad puede infiltrarse también en los creyentes y, al revés de lo que preconizaba el Concilio, éstos tienden a retirarse de los asuntos públicos o a abordarlos de manera puramente técnica, sin tomar suficientemente en cuenta la enseñanza social católica.

2.3 Iglesia que busca con otros

Junto con la insistencia en el aspecto comunitario y en la apertura servicial al mundo, hay una tercera característica muy importante en la Iglesia postconciliar: hemos pasado de "tener la verdad" a buscar la verdad, convencidos sí de que tenemos el Espíritu Santo, que nos ayuda a encontrarla. Hemos pasado de una Iglesia muy segura a una Iglesia que discierne, que busca

y honradamente investiga con los demás hombres lo que debemos hacer. Hemos recibido la revelación de Dios, pero tenemos el desafío de profundizarla y entenderla en nuestras circunstancias.

Podemos buscar por un lado cuáles son las necesidades; honradamente debemos mirar sin miedo para ver qué necesita el hombre de hoy. Tal búsqueda, la hemos de hacer con todos los hombres de buena voluntad. No tenemos el monopolio exclusivo de la verdad, hemos de abrirnos a los tanteos que otros grupos humanos hacen, colaborar con ellos, acoger sus puntos de vista, sin complejos de inferioridad, pero con deseos sinceros de aprender, de compartir. Hemos de ejercitarnos a llevar adelante un diálogo respetuoso aceptando la riqueza del pluralismo, que si no se entiende como relativismo, nos enriquece a todos.

El discernimiento, sin embargo, supone también tener siempre el corazón abierto para saber qué quiere Dios. La Iglesia tiene que ser portadora del juicio de Dios sobre nuestra realidad; no sólo debe preguntarse qué necesita el hombre sino qué es lo que Dios quiere. Le asiste la convicción de que, en el fondo más profundo, hay una identidad entre el bien del hombre y el querer de Dios, pero es un hecho de experiencia que el hombre, personal y colectivamente, no siempre sabe lo que quiere, lo que realmente necesita. Por eso mismo, debe dejarse cuestionar por la voluntad y el juicio de Dios hasta que se haga la luz. Por eso, la Iglesia, junto con preguntar y preguntarse qué necesita el hombre, debe mantener en estos momentos una actitud discerniente de apertura al Señor. ¿Qué quieres, Señor, de mí? ¿Qué quieres de la Iglesia? ¿Qué quieres de la humanidad de hoy? ¿Qué debemos hacer?

III. PUNTOS CONCRETOS DE DISCERNIMIENTO EN LA IGLESIA ACTUAL

En esta sección, teniendo presentes los cambios acaecidos en la Iglesia, procuraremos indicar algunas pistas para el discernimiento de los laicos comprometidos, a la luz de cuanto san Ignacio nos señalaba en sus reglas.

Muchos temas podrían abordarse en un mundo en cambio y en una Iglesia tan rica en tensiones y posibilidades, pero, por razones de espacio, nos limitaremos sólo a algunos puntos.

El discernimiento, si bien utiliza la razón, no es un acto puramente racional. Es una experiencia de fe. Tenemos que aprender a vivir por dentro. Eso es contra lo que el mundo y sus valores dicen. Como insinuamos más arriba, ayuda para tener una mirada correcta frente a la Iglesia, asumir a fondo la vocación a la santidad.

Vivir la vida divina, la intimidad de Dios, es fundamental para los laicos y es la primera norma de discernimiento: cuando se tiene connaturalidad con Dios, se miran las cosas como El las ve. San Ignacio en sus reglas para hacer elección, en el primer modo de elegir, nos insinúa que, cuando uno está empapado de Dios, ve las cosas con evidencia porque Dios se las pone en el corazón; y esto vale hoy para nosotros. La intimidad, el amor al Señor, es fundamental para unir la Iglesia por dentro.

3.1 Variedad en la vocación laical

En primer lugar y en cierta manera antes de entrar en el tema, quisiéramos señalar que no es fácil dar orientaciones generales, porque hay varias vocaciones laicales. La vocación laical es, en cierta medida, más variada en posibilidades que la vocación sacerdotal.

Hay laicos que tienen la misión de ser la punta de lanza de la Iglesia; ellos llegan adonde otros no pueden llegar. Anuncian al Señor y no pueden callarlo allí donde otros no pueden anunciarlo. En el trabajo, en las fábricas y los bancos, en las organizaciones sociales y culturales, en los frentes políticos, etc. Al estar la Iglesia al servicio de la humanidad, el laico tiene una vocación irremplazable en ese campo.

Los laicos tienen la misión de *construir* una sociedad donde la voluntad de Dios pueda entrar y penetrar. El trabajo, tal vez, es menos explícitamente evangélico. Ellos deben luchar por establecer, con otros y mediante un diálogo complejo, aquellas estructuras que permitan relaciones humanas más justas. Muy importante es, en ese sentido, la vocación política. La Iglesia necesita

hombres capaces de transformar las estructuras y de conformarlas a la voluntad del Señor. No podemos quedarnos al margen del quehacer de nuestra sociedad y ésta es una vocación laical plena y muy importante.

Sin embargo, es importante recordar que no toda vocación laical es sinónima de vocación política, entendida ésta como dedicación exclusiva o prioritaria. Otros son llamados a un servicio específico en su profesión. Puede darse perfectamente que un hombre o una mujer, como médico, profesor, ingeniero, etc., se entregue a los demás y sea así seguidor de Cristo y testigo de la fe.

Finalmente, es bueno recordar que algunos son también llamados a un servicio interno, en la comunidad eclesial y ahí manifiestan su amor al hombre y al evangelio. La comunidad cristiana, para su vitalidad, necesita ministerios laicales.

Es importante señalar esta variedad para no simplificar cuando se habla de los laicos. La vocación laical es muy variada, ella no es sinónimo de un solo tipo de servicio, ya sea político o catequético. Tampoco se limita a un anónimo trabajo en la base. Esta vocación es multiforme. San Ignacio ayudará al laico a hacer un discernimiento en su vida concreta, procurando que ésta, en toda su concreción laboral, sindical, cultural, familiar, etc., sea vehículo para la reconciliación de los hombres entre sí y con Dios.

3.2 Apertura del corazón

El discernimiento conforme a las reglas de san Ignacio no nos retira de la vida; al revés, como en la mejor tradición profética, nos obliga a hablar en, desde y para situaciones concretas.

En este contexto es importante una gran apertura. Un ignaciano que está convencido que el Espíritu de Jesús es el que actúa ahora en el mundo y en la Iglesia, es un hombre de corazón y espíritu joven. Está abierto a las nuevas líneas de la Iglesia y desea responder a los nuevos retos que el mundo y la sociedad presentan. Es fundamental que demos el salto del corazón para entrar

en la dinámica de la Iglesia actual. Esto es típicamente ignaciano y conforme a lo que san Ignacio dice en las reglas.

Si estamos con temor al futuro, si estamos con temor a lo que viene y si estamos cerrados, tenemos un corazón no ordenado para enfrentar la vida y dejarnos guiar por el Espíritu. El Espíritu Santo esta obrando en la humanidad y los que le obedecen permiten que la Iglesia se renueve con apertura de corazón.

Si es necesaria la apertura al futuro, es también necesario no estar cerrado al pasado. Hay ahí un buen criterio de discernimiento. Es necesario un gran sentido de continuidad. No vamos a fundar la Iglesia de cero. Se nota que hay un buen espíritu cuando una persona se interesa por lo que viene y, sin embargo, no rechaza lo que la Iglesia le aporta con su experiencia milenaria y con su tradición. Al revés, acoge todo lo bueno y lo asume; asume la tradición, la doctrina de la Iglesia, la hace propia, la renueva y la enriquece. Esta profunda continuidad es fruto del Espíritu, pues es el mismo Espíritu que estaba al comienzo de la Iglesia el que ahora nos hace avanzar sin ruptura.

Es, de este modo, esencial para el discernimiento laical considerar los miedos, los rechazos, las pasiones que pueden impedir escuchar a Dios en nuestro tiempo.

3.3 Trabajo por la unidad verdadera

En el más genuino espíritu ignaciano, tratando de vivir las reglas para sentir en la Iglesia, debemos trabajar a fondo por la unidad de ella. En toda apuesta, tenemos que jugar a la unidad de la Iglesia y no a su división o a su dilución en "cristianos sin Iglesia", concepto este que podrá tener un sentido sociológico pero ninguno desde la fe. Ser Iglesia una, es un mandamiento del Señor, un signo privilegiado del misterio de Dios actuando en el mundo. Sin embargo, la Iglesia es frágil y constantemente amenazada de división. Algunos gustan de oponer obispo a obispo y diversas líneas pastorales y teológicas entre sí. El mundo se goza si puede demostrar la división. La división desgraciadamente existe y no sólo en política o en lo social, sino que también toca a la misma confesión religiosa. Me parece que una persona que se deja empapar por el

Espíritu Santo y tiene espíritu de discernimiento, debe ser un gran constructor de unidad. Pero, al mismo tiempo, debe ser un hombre que no tape la verdad ni los conflictos, sabiendo encararlos desde el evangelio, con capacidad de perdón y con los criterios arriba enunciados de las reglas para sentir en la Iglesia.

Después de muchos años de unanimidad excesiva, en que todos decían lo mismo, hacían lo mismo en todas partes del mundo, hoy hemos prestado mayor atención a la pluralidad, la diversidad. La verdadera unidad católica debe admitir este sano pluralismo y debe estar construida sobre la verdad y la genuina caridad.

Hubo un momento en que no sólo había conflictos internos, sino también se tendía a aplicar a la vida de la Iglesia una sociología que privilegiaba el conflicto para la resolución de las tensiones sociales. Se puede concebir la dinámica social a través del conflicto, pensando que la sociedad avanza por el conflicto; pero esto es muy delicado si va mezclado con un cierto maniqueísmo que pone a los buenos de un lado y a los malos del otro, sin posibilidad ninguna de búsqueda de consenso o de solidaridades.. La Iglesia de Jesucristo difícilmente avanzará en su misión si se enfrenta a jerarquía con pueblo, a jóvenes con viejos, a comunidades de una clase social contra comunidades de otra clase, a conservadores e innovadores.

No es necesariamente debilidad o traición a los ideales, construir el consenso. Como decíamos más arriba, no se debe evitar a toda costa el conflicto, pero éste debe enfrentarse de un modo específico y radicalmente evangélico.

Las ideas de san Juan sobre la unidad y la paz, los criterios paradójicos del capítulo quinto de san Mateo sobre el perdón y el amor al enemigo, las enseñanzas de san Pablo sobre la caridad eclesial, deben ser normas inviolables en el modo cristiano de enfrentar las divisiones que eventualmente nos separen. No se trata de ocultar y acallar las divisiones sino de superarlas por obra del Espíritu de Jesús. En ese sentido podemos aceptar que un conflicto evangélicamente enfrentado y superado, genera santidad y dinamismo. Esto es fundamental, o si no, no hay Iglesia, auténtica comunidad de creyentes.

Quien vive las reglas para sentir con la Iglesia es un gran constructor de unidad, consenso y cooperación, sobre todo al interior de la Iglesia. Pero eso

debe ser muy bien entendido. Existe hoy el peligro de acallar las diferencias imponiendo una unidad más bien formal. Debemos discernir cual es la legítima diferencia, cómo debe expresarse esa diferencia. La inculturación del evangelio supone romper la uniformidad. Eso requiere mucho discernimiento.

3.4 Coherencia e integración de la vida personal

En el cristiano fe y praxis no deben ser dimensiones disociadas. Fe y justicia, sensibilidad social, capacidad de oración, vida familiar y compromisos laborales o políticos deben estar dinámicamente ligados.

San Ignacio, que nos pide alabar "cantos, salmos y largas oraciones en la Iglesia y fuera de ella" (EE., nº 355, regla tres), nos insiste que hemos también de trabajar para que no sufran desmedro las obras y el libre albedrío (nº 369). Siguiéndole a él, creemos que un criterio de discernimiento importante es la posibilidad de integrarse; integrar la vida social y la vida familiar, la oración y la acción, la praxis y la fe, el compromiso con una comunidad concreta y el compromiso con la Iglesia en su conjunto, etc.

La vida contemporánea tiende a disgregarnos y a hacernos hombres y mujeres parcelados.. Aunque sea muy difícil de lograr en plenitud, esta sabia integración y coherencia personal es tarea constante y camino de madurez.

La intensa circulación de símbolos a la cual Internet y otros medios nos están acostumbrando, desemboca en una "oferta espiritual" antes insospechada. Se nos ofrecen nuevos caminos para integrarnos. Esto nos obliga una vez más a un discernimiento cuidadoso. Tomemos como ejemplo la corriente espiritual llamada de la Nueva Era. Se nos presenta como un camino profundamente unitario: pretende que vamos hacia una reconciliación universal de las religiones y culturas y, por otro lado, busca pensar al ser humano "holísticamente", es decir como un todo. La coincidencia con el anhelo cristiano de coherencia y paz y con el anhelo simplemente humano de armonía, atrae. Particularmente atractivos en estas nuevas tendencias son, la mayor apreciación de los aspectos simbólicos y estéticos de la vida, la mayor atención a la relación hombre-mujer y a lo masculino y femenino en cada uno de nosotros, el mayor cuidado de la

naturaleza. Pero, como lo señalara el cardenal Danneels, la mentalidad Nueva Era corresponde a "una espiritualidad sin Dios ni gracia", donde el ser humano lo consigue todo por sí mismo, donde se tiende a ocultar el misterio del mal y, por ende, se considera innecesaria una salvación. El mentís de la experiencia debiera llevar a los seguidores de esa espiritualidad a repensar sus premisas, pero, por mientras, observemos que su amalgama de elementos religiosos orientales, autóctonos y de la tradición cristiana crea confusión en espíritus poco evangelizados y conduce a un minimalismo decepcionante. Todas estas razones nos harán preferir una apertura prudente, apoyada en una firme tradición cristiana y un sano realismo, y para ese discernimiento que no podrá ser sólo individual sino en Iglesia.

3.5 Apertura social y sed de justicia

Teniendo en cuenta lo que es la Iglesia latinoamericana, un hito importante para el discernimiento sigue siendo la apertura social y la sed de justicia.

San Ignacio, si tuviese que exponer hoy las reglas para sentir con la Iglesia, diría que hemos de alabar la doctrina social y las opciones que en este campo la Iglesia ha asumido. Nos invitaría a conocer esas opciones y a apoyarlas.

Sobre esto, ya hemos hablado antes, pero creo que para nuestro discernimiento hoy, por amor a la Iglesia, pocas cosas son tan importantes como el ser gestores de una sociedad más justa, no por partidismo político, sino por fidelidad al evangelio.

Medellín, Puebla y Santo Domingo deben ser asumidos muy interiormente. La opción por los pobres debe ser una perspectiva real en todos los trabajos. Esa opción que privilegia a los más débiles, que es respetuosa de los derechos humanos, debe ser asumida con creatividad y con valor. En esta línea no debe haber excusas ni temores.

No es fácil compatibilizar los criterios de la economía con las prioridades sociales. No se trata de entrar en discusiones semánticas o ideologizadas sobre la sociedad neoliberal. A menudo bajo esa palabra se ocultan desvalorizaciones o defensas pasionales. Es un hecho, sin embargo, que bajo criterios aparentemente científicos se tiene a privilegiar desmesuradamente el mercado en desmedro del ser humano. Una persona con sensibilidad social y fiel a los llamados de la iglesia, debe discernir las consecuencias de las desregulaciones o de un crecimiento sin equidad. La "mano invisible" de Adam Shmidt suele ser tal porque se oculta no por ser neutral o justa...y actúa cuando han quedado muchos por el camino.

Esta opción debe ser sensible a todas las dimensiones de la vida humana. No sólo se trata de apoyo al indigente y desvalido sino lucha por crear condiciones de justicia y equidad, que permitan un desarrollo de la dignidad de los pobres y su organización.

3.6 Vida solidaria y comunitaria

En la Iglesia posconciliar hemos de asumir también creativamente lo que significa la dimensión solidaria de la vida y el poder compartir con otros comunitariamente la existencia. En la sociedad urbana y en el mundo globalizado amenazados de individualismo y frente a una religiosidad que puede ser concebida únicamente como una relación íntima entre Dios y el hombre, es importante asumir en verdad lo que significa compartir solidariamente la vida y el destino con otros. Este proceso de la Iglesia, que señalábamos más arriba, debe ser objeto de un examen profundo y de un discernimiento a nivel de cada cristiano para ver cuánto puede él hacer verdaderamente para darle una dimensión social a su experiencia de Dios. El Señor mismo quiso poner su tienda entre los hombres y compartir en todo la condición humana, menos en el pecado. Para predicar el evangelio, El llamó junto a sí a doce hombres y con ellos puso la semilla del Reino.

La vida económica e intelectual altamente competitiva han producido desarticulación de las estructuras sociales y a menudo el individuo tiene que luchar solo contra el mundo. Cada uno quiere realizarse, triunfar y asegurarse. El peligro es que eso termine en una radical soledad.

3.7 Respeto a la vida y desarrollo de una sexualidad genuinamente humana

Al iniciar el siglo XXI la humanidad debe enfrentar un problema demográfico. No sólo se trata del número de seres humanos que habitan el planeta sino también de la distribución de ellos. Existen en la actualidad países sobre poblados e incapaces de satisfacer las necesidades mínimas de sus poblaciones.

Por otra parte las condiciones de la vida moderna hacen muy difícil mantener y educar a una familia numerosa.. El trabajo femenino, la organización del trabajo, la vivienda etc. Obligan a tener una paternidad responsable para poder recibir y educar como conviene a los hijos.

En tales circunstancias se han desarrollado métodos y técnicas de reproducción y control de la natalidad que plantean serios interrogantes éticos.

A lo anterior viene a añadirse una paulatina separación de la sexualidad con respecto a su función reproductora. Más y más se percibe en ella un elemento de comunicación interpersonal desligándola de la fecundidad.

Somos testigos, en un mundo hedonista y materialista, que esa evolución ha llevado a nuestra sociedad a convertir el sexo ante todo en un objeto primariamente de placer profundamente sin responsabilidades ni compromisos más personales. El sexo placer ampliamente difundido en el marketing sin vinculaciones mayores con el amor o el pleno desarrollo humano. La misma educación sexual se ha convertido para algunos en enseñar las técnicas para tener sexo sin consecuencias de enfermedades o embarazos.

Está claro que en este ambiente la Iglesia no ha tenido un lenguaje apropiado para transmitir su mensaje. La mayoría de los cristianos no parece seguir sus enseñanzas. Las categorías filosóficas y antropológicas usadas no parecen darse a entender al hombre contemporáneo. Tampoco hemos comunicado lo que es un ideal de amor que se hace responsable de sus actos, a costa muchas veces de sacrificios personales. Más que prohibiciones es indispensable presentar un modelo positivo de amor.

Los cristianos, que viven su amor en el siglo presente, tienen que ayudar a su Iglesia para demostrar que el amor cristiano pleno es posible en este tiempo. Su madurez, su fidelidad, su honestidad en el ejercicio de la libertad cristiana, su coherencia, su experiencia, su dialogo con el mundo han de ayudarle a la iglesia a decir una palabra significativa en este tema central para la humanidad. Donde se juega el amor se juega el futuro del ser humano.

Por otra parte, la lectura del evangelio muestra que el tema de la sexualidad no es el único tema de la moral cristiana. Una manera correcta de encarar el tema es situarlo en una visión más amplia del actuar humano.

3.8 Solidez de la familia

Ligado a lo que decíamos más arriba, es un servicio inmenso a la iglesia y por medio de esta a la humanidad encontrar las formas apropiadas de la familia del milenio que comenzamos.

Han cambiado los roles seculares. La promoción de la mujer que es un adelanto en la humanidad, obliga a redefinir el papel de todos los miembros de la comunidad familiar.

La iglesia se juega por el amor fiel y eso supone reforzar la familia. Pero así como a lo largo de los siglos ella ha revestido muchas formas concretas, es tarea nuestra crear el lugar donde el hombre y la mujer pueden amarse fielmente, reproducirse y transmitir a sus hijos la vida material y valórica.

Esto es objeto de discernimiento diario en el interior de cada familia para que ella pueda reproducir hoy el amor de Cristo por su Iglesia.

3.9 No apagar la mecha que humea

Por último, quisiera volver a recordar el principio de edificación que san Ignacio pone en sus reglas. No hemos de apagar la mecha que humea ni dejar perderse a quien está atrás. Es ésta una gran necesidad en la Iglesia contemporánea, pues

quienes, siguiendo la línea del Concilio han recibido nuevos influjos, se han abierto a nuevas experiencias y han renovado su conciencia, pueden mirar con desazón a los que consideran retrasados y sorprenderse de algunas posturas más conservadoras en las bases como en la jerarquía. Pueden mirar con desprecio a quienes van más lentos en la búsqueda o rechazan muchos cambios. En ese retardo, sin embargo, no necesariamente hay mala voluntad o rechazo del Espíritu. Quisiera, por eso, terminar estas líneas con esa poesía de León Felipe que, habiendo vivido los problemas de la revolución, era tan consciente de la diferencia de ritmo que existe entre las personas. Estas líneas, en cierta manera, son un programa de delicada caridad en la Iglesia actual.

"Voy con las riendas tensa y refrenando el vuelo,
Porque lo que importa no es llegar solo y primero
Sino con todos y a tiempo".

¡Qué programa difícil! Es fácil llegar solo y primero con los más conscientes, con los que piensan como uno. Es mucho más difícil y creativo procurar llegar con todos y a tiempo. Es trabajo integrador de acoger, de ayudar, de apoyar, de edificar. Es muy difícil y, sin embargo, muy importante en la Iglesia. Debemos ayudar a la Iglesia a que se abra, a que responda al reto de nuestra sociedad, a que responda a su misión hoy. Es un caminar conflictivo. Tratemos de no dejar a nadie perdido en esta marcha.

Todos los cristianos estamos llamados a vivir el evangelio hoy, en medio de los desafíos del mundo actual. La iglesia nos ayuda a no caminar solos y ella estará a nuestro lado al final de todas nuestras jornadas.